

Sinceramente Ben

(Honestly Ben)

Bill Konigshberg



TRADUCCIÓN DE ANA RAMÍREZ REQUENA

Kakao  books

Primera edición: Octubre de 2023



Título original: *Honestly Ben*

Editorial original: Arthur A. Levine Books

Copyright © 2017 by Bill Konigsberg. All rights reserved.

Published by arrangement with Scholastic Inc., 557 Broadway, New York, NY 10012, USA and Ute Körner Literary Agent.

© de la edición en español:

A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2023

www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com

Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Inma M. Guillamón

Traducción: Ana Ramírez Requena

Correcciones: Ángel Belmonte Rodes

Maquetación: Scarlett de Pablo

Impreso en la UE.



El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez.

El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 978-84-126558-3-4

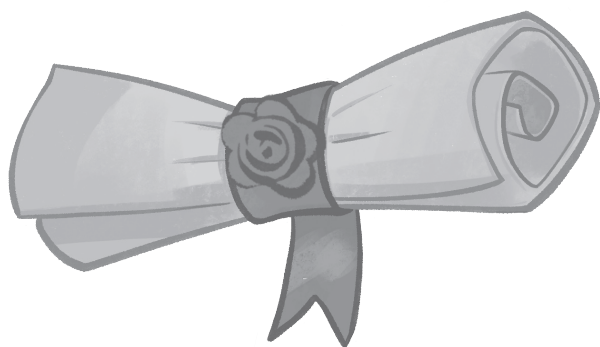
Depósito legal: B 16448-2023

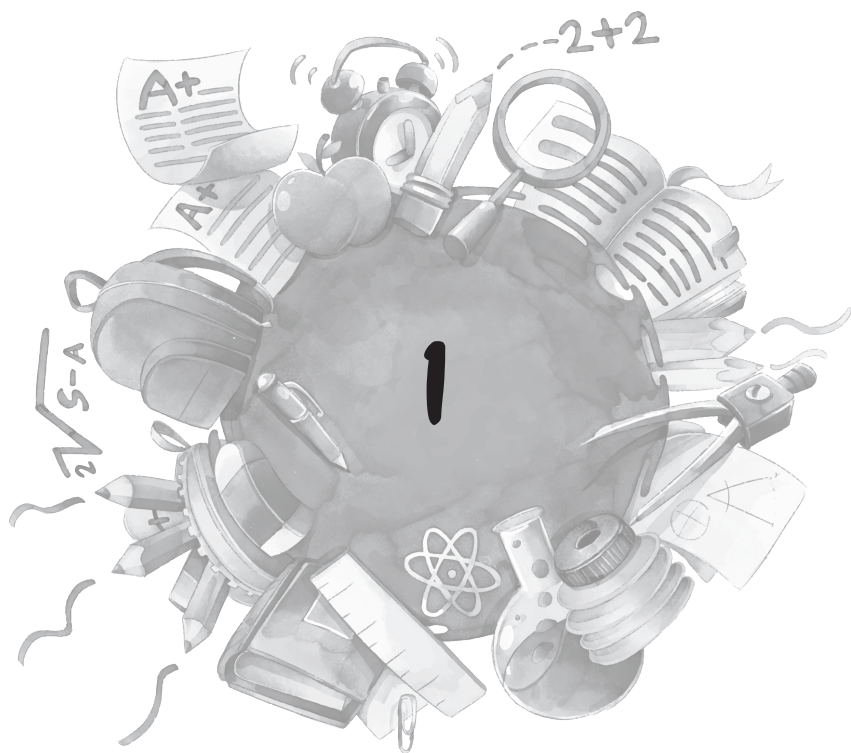
Thema: YF

IBIC: YF

*Para Chuck Cahoy, siempre. Aunque no te conocí de adolescente,
tu voz dio vida a Ben, y por ello te estaré eternamente agradecido. Y
también por todo lo demás en mi vida.*







Según el instructor de natación del gimnasio Gilford, tengo menos flotabilidad que cualquier otro ser humano que él haya visto.

A mi hermano Luke y a mí nos regalaron una clase de natación a cada uno por Navidad, más que nada porque Luke quería aprender. Yo no estaba seguro de que necesitara añadir natación a mi vida, pues me he apañado bastante bien sin saber durante diecisiete años. Además, afuera estábamos como a menos dieciséis grados, así que la idea de ir en bañador, aunque fuera en interior, no era muy apetecible. Le ofrecí mi clase a Luke, pero él quería que la hiciéramos juntos, así que le di una oportunidad.

El instructor, quizás un par de años mayor que yo, tenía una barba densa en la que se podría esconder una familia de gorriones.

—No hay que tenerle miedo al agua. Todo el mundo flota, más o menos. Es el principio de Arquímedes —dijo él, y yo re-

sistí el impulso de corregirlo diciendo «Arquímedes». Cuando eres alumno de un internado pijo, es mejor no parecer un sabelotodo durante las vacaciones de invierno.

Nos hizo patalear hasta la zona profunda agarrándonos a las tablas de natación, pero entonces nos las quitó y todos nos asimos del borde de la piscina como si estuviéramos suspendidos sobre el Gran Cañón. El instructor nos mostró cómo patalear en el agua; era parecido a montar en bicicleta, excepto que, si te caes, te ahogas. También nos enseñó que, si por algún motivo acabábamos en el fondo, podíamos usar los brazos y las piernas para impulsarnos hacia arriba. Después, de uno en uno, nos dijo que nos soltáramos del borde.

—Veréis cómo se activa vuestra flotabilidad natural y perderéis el miedo —prometió.

Yo era el último de la fila y, aunque con algunos el instructor tuvo que insistir más que con otros, todos respiraron hondo y se soltaron. Tal y como él predijo, se hundieron un poco y luego flotaron hasta que sus coronillas asomaron en la superficie del agua. Entonces, cuando patalearon más o menos como nos había enseñado, sus bocas quedaron al aire, dieron una bocanada de oxígeno y el instructor los ayudó a llegar al borde otra vez.

A Luke le tocó antes que a mí. Él pesa como treinta kilos menos que yo y le fue bien. Ni siquiera tuvo que patalear mucho para llegar a la superficie.

—De locos, pavo. Es como montar en bici —dijo mientras pataleaba el agua aun habiendo llegado al borde.

Fue bastante irónico por su parte y no un gran consuelo para mí, porque quien nos enseñó a montar en bici a los dos fue nuestro padre. Nos llevó a una colina llena de grava que hay cerca de nuestra granja, nos dijo que nos sentáramos, que dejáramos de lloriquear y que empezásemos a pedalear. Nuestra

madre tuvo cuatro rodillas raspadas que curar aquella noche, y no se sintió muy aplacada cuando papá se encogió de hombros y dijo: «Mi padre me enseñó así».

Cuando me llegó el turno de patalear en el agua, hice lo que el instructor dijo. Me solté.

Me hundí directamente y llegué al fondo en tres segundos. Caí de culo en el suelo de la piscina, reboté unos treinta centímetros y me volví a hundir.

Como una piedra. Como una densa piedra checoslovaca.

A pesar de toda el agua clorada que había tragado y de la falta de oxígeno allí abajo, estar sentado en el fondo de la piscina era casi cómodo. Era como si, durante esos instantes, nada tirara de mí. Yo era simplemente «Ben en el fondo de la piscina». Abrí los ojos, vi el mundo de luz azul que me rodeaba y pensé: *Sí. Esto*. Una parte de mí eligió no impulsarme hacia la superficie.

Fue entonces cuando noté los brazos frenéticos del instructor bajo las axilas. Me empujé con las piernas y ascendimos unos dos metros hacia la superficie.

—¿De qué están hechos tus huesos? —preguntó cuando dejó de dar bocanadas de aire y yo estaba otra vez a salvo, agarrado al borde.

Me restregué los ojos para quitarme el agua. Después de toda una vida siendo un Carver, había aprendido que las preguntas no siempre requieren respuesta. En clase de ciencias, aprendí que mis huesos están hechos de colágeno y calcio, igual que los del resto de gente. La única diferencia es que soy un tipo grande (metro ochenta y siete y noventa y siete kilos) y que soy checoslovaco.

Somos gente densa.

La especialidad de mi madre es el pan checo, el alimento más denso conocido por el hombre. Se prepara con harina, le-

che, puré de patatas y huevos, se le da forma de hogaza y se hierve, y su propósito principal es absorber salsa. Se podría construir una choza bien aislada con ese pan.

Estoy convencido de que, en muchos, muchos aspectos (la flotabilidad incluida), yo soy un pan checo.

Desconecté mentalmente de la clase al cabo de veinte minutos, cuando vi que era incapaz de hacer las cosas más sencillas en el agua (respirar, patear), y mis pensamientos se sumieron en el mismo abismo oscuro en el que habían pasado gran parte del día.

Aquella mañana, mi padre había entrado en nuestro cuarto mientras Luke estaba en el baño y se había sentado en la cama. Yo sonreí, sintiendo aún la calidez de la Navidad, cinco días atrás. La nuestra es una familia de tradiciones, y nuestra tradición navideña es levantarnos, abrigarnos con un montón de capas y subirnos a la camioneta Ford marrón de papá. Mamá toma vasos para llevar de la tienda, los llena de chocolate caliente y nos apiñamos todos en la camioneta: Luke y yo atrás, y mi madre y mi padre delante. Nuestros alientos y el vapor de las bebidas se ven con nitidez. Papá conduce lentamente por las carreteras de Alton durante una hora o así y «vemos crecer los cultivos», como le gusta decir a él. Hay algo perfecto en ese silencio, todos juntos, observando los campos prístinos y cubiertos de nieve *ahí fuera*, mientras que nosotros estamos a salvo y calentitos *aquí dentro*.

No es nada del otro mundo, pero es en momentos así cuando me siento más como un Carver. Estamos en silencio, pero estamos juntos. Después nos vamos a casa y Luke y yo abrimos cada uno nuestro regalo, que suelen ser «simultáneos», lo que significa que los abrimos a la vez y que solemos recibir lo mismo, como este año con la clase de natación.

Sí, es así de simple. Pero bueno, a mí me encanta nuestra Navidad.

Cuando esta mañana sonreí a papá al sentarse en mi cama, él no me devolvió la sonrisa.

—Ayer nos llegaron tus notas —dijo.

—Oh. —Se me cayó el alma a los pies.

—Benny, ¿cómo ha pasado esto?

Inspiré entre dientes. «Esto» era un bien alto en el primer semestre de Matemáticas Avanzadas. Antes había traído a casa todo excelentes, pero el otoño pasado me distraje un poco con mi repentina y emocionante vida social en el internado. Ahora, ese bien alto destacaba entre los excelentes como una dy/dx en medio de un texto de Historia de la Filosofía. Había pasado de ser el alumno con mejores notas de mi curso a un ser un simple segundón.

—Lo siento —murmuré apartando la mirada.

Mi padre negó con la cabeza, mirándome con su rostro delgado y canoso.

—Eso no es suficiente, Benny. ¿Sabes lo que hace este mundo con un estudiante mediocre? Lo escupe. Tienes que arreglar esto.

No dije nada. ¿Qué había que decir? Era culpa mía. No había dado lo mejor de mí.

—Estoy decepcionado contigo —dijo—. Pensé que valías más.

Sentí cómo las costillas se me expandían y contraían, y pensé: *¿Puede que no valga más?* Y entonces, mi mente se dio este paseo:

Lo he echado todo a perder. Qué idiota soy. Ya no destacaré para las universidades. No me aceptarán en ninguna buena y, desde luego, no me darán ninguna beca. ¿Qué futuro le espera a un cerebritito de una familia

pobre de Nuevo Hampshire? ¿Tendremos bastante dinero como para que al menos vaya a una universidad pública? Joder, joder, joder.

Mi padre me estaba mirando fijamente, como si estuviera esperando a que dijera algo. A él no le gustan ni la efusividad emocional ni los lloriqueos, así que me lo guardé todo dentro.

—Lo siento —repetí—. Lo arreglaré.

Él sacudió la cabeza y salió del cuarto, y yo cerré los ojos y me sentí avergonzado.

Lo peor de todo es que mi padre tenía razón. Lo había decepcionado. Me había decepcionado a mí mismo. Papá había trabajado muy duro y, cuando me concedieron la beca para Natick, se sintió orgulloso. Era un sacrificio no tenerme en la granja, pero ¿por una educación y la oportunidad de ir a la universidad? Merecía la pena, dijo. Y yo fui y seguramente lo eché todo a perder. ¿Y por qué? ¿Por Rafe Goldberg? Dios.

Rafe Goldberg. He aquí un nombre que me haría feliz olvidar.

Cuando terminó la clase de natación y nos cambiamos en el vestuario, Luke no dejaba de decir lo loquísimo que era nadar. Yo sonreí y dije:

—De locos, sí.

Después, mientras cruzábamos la tundra helada de camino a la granja, yo conduciendo a Gretchen, mi viejo Chevrolet, y mi hermano hablando sin parar sobre los videojuegos a los que podía jugar en casa de los Tolleson, reproduje en mi mente la escena por millonésima vez. Hacía tres semanas, en mi habitación de la residencia. Rafe con lágrimas en el rostro. ¿Yo? Ninguna.

«Se me fue de las manos», dijo Rafe secándose una lágrima. «Es difícil contarle algo a alguien cuando no se lo has dicho de primeras».

¿Tú crees? ¿Se podría aprender algo de esto, quizás?

Tenía muchos *flashbacks* así últimamente. Como si estuviera flotando sobre la escena, viéndola desde el techo. Como el juez. El jurado. El jurado de Rafe. Uno no traba amistad con alguien, hace que baje todas sus defensas y, cuando nacen sentimientos de lo más naturales, sueltas: «Ah, por cierto. En Boulder era abiertamente gay. Llevaba años siéndolo. Iba a institutos a dar charlas sobre el tema. Ups, a lo mejor te lo tendría que haber dicho».

Y yo que pensaba que éramos dos exploradores cartografiando un mundo nuevo juntos. Resultó que él ya lo había explorado y que estaba fingiendo. ¿Cómo se puede hacer algo tan ruin? Noté cómo me subía la tensión.

Te odio, Rafe Goldberg. Con una intensidad tan ardiente que apenas puedo concentrarme en nada más.

—Oye, Ben, ¿sería raro que...? —Luke se echó hacia atrás en el asiento del copiloto. Crujió.

—¿Sería raro que qué? —Me alegré de que me sacara de mi diatriba mental. El cielo era de un gris monocromo típico de Nuevo Hampshire, como si Dios no quisiera que olvidaras el aspecto sombrío del paisaje.

—Nada, da igual.

—Cuéntame.

Luke inclinó el cuerpo hacia delante y escondió la cara entre las manos, a pocos centímetros de la guantera. Se rascó la cabeza. Copos blancos cayeron al suelo. Nevaba.

—¿Sería raro que me gustara una chica que...?

—¿Una chica que qué?

Me cambié al carril derecho para dejar pasar a un capullo en un Mini Cooper rojo que iba a toda velocidad. Luke y yo estábamos bastante unidos, pero él no era de los que hacen grandes preguntas personales. Ninguno de los Carver éramos así.

—¿Una chica que estuviera gorda?

Se me escapó un poco la risa.

—¿Qué más dará eso?

—La llaman «la Buldócer».

—Vaya tela.

—En realidad se llama Julie y la vi llorando cerca de la verja, en el recreo. El caso es que siempre me ha gustado, más o menos, así que me acerqué y le pregunté si tenía los deberes de Mates, y me los dio.

Me eché a reír.

—¿Conque hiciste que se sintiera mejor pidiéndole los deberes?

Luke se encogió de hombros.

—Yo ya los tenía hechos. No sabía qué otra cosa decirle.

—Ah, pues fue un detalle por tu parte.

—No sé. Ahora siempre le pregunto cosas de Mates porque se le dan bastante bien.

—Ajá.

—Lo que no sé es qué hacer ahora. ¿Es raro que quiera hablar con ella? Todo el mundo se reiría de mí.

—No es raro. A ti te gusta quien te gusta. No te preocupes por la gente ni por lo que puedan pensar de ti. Si quieres hablar con ella, pregúntale cosas sobre sí misma.

—¿Cómo qué?

—«¿Dónde vives?».

Luke se aguantó la risa.

—Sé dónde vive. En el pueblo.

—Pues no sé. ¿Qué le gusta hacer? ¿Sabe mamá que te gusta una chica? ¿Lo sabe papá?

—Uf, no —dijo, y yo me reí.

Recordaba haber sido un Carver de catorce años con un montón de preguntas y sin nadie a quien hacérselas excepto

a internet, lo cual no es lo mismo que preguntar a una persona de carne y hueso que pueda explicarte las respuestas. Una mañana de primavera, no pude soportar más no saber. Me estaban pasando tantas cosas, tenía tantas preguntas. Reuní todo mi coraje y fui al establo, donde mi padre estaba arreglando una tarima suelta. Me quedé allí de pie con los brazos firmemente cruzados y los ojos fijos en una pila de heno suelto. Al final, solté: «¿A qué edad te salió pelo en las piernas?». Mi padre golpeó un clavo con el martillo y no dijo nada. Yo inspiré entre dientes. «¿A qué edad empezaste a pensar en chicas?». «Parece que va a llover», dijo él sin levantar la mirada. Y entonces golpeó el clavo otra vez, a pesar de que vi que estaba metido del todo.

Hasta el día de hoy, papá nunca ha tenido esa conversación conmigo.

—Te entiendo —le dije a Luke—. A nuestros padres no se les dan muy bien ese tipo de conversaciones, pero si necesitas hablar...

Él se encogió de hombros y miró por la ventana.

—Eres un buen hermano —dijo al cabo de un rato, y yo noté una punzada en el pecho.

—Tú también.

Quería mucho a mi familia. Nos teníamos los unos a los otros. Ellos sabían quién era yo. Mi padre quizás era un poco exigente, pero también había momentos buenos. Cuando te ganas la vida trabajando en una granja, no te queda mucho tiempo para charlar. A veces menos es más, como Luke y yo. Aquella pequeña conversación que acabábamos de tener valía más que mil noches enteras hablando con Rafé, y prueba de ello era que solo dos meses de compartir mis emociones más profundas con él me habían llevado *aquí*.

Pensé en estar sentado en el fondo de la piscina, y en cómo en ese momento sentí que me parecería bien no estar aquí. No estar en ninguna parte. Lo cual no parece lógico, porque lo que yo sufrí fue la traición de un chico y, teniendo el universo entero como perspectiva, esa traición no equivalía siquiera a un parásito sobre una hormiga en el culo de un elefante. Pero en ese instante en la piscina, sin duda pensé que me parecería bien dejar de existir.

Y eso no tenía ningún sentido.

Es que, a ver, yo era Ben Carver y tenía tantísimo. Era lo bastante afortunado como para ir a la Academia Natick con una beca completa. Si no me metía en problemas y subía la nota de Mates, sería el primero de mi familia en ir a la universidad y graduarme. El plan era ser profesor de Historia en alguna universidad a los veinticinco años. Y seguir con ese plan era muchísimo más importante que el hecho de que deseara tener a alguien con quien hablar del tema Rafe. De todo, en realidad. De sentarme en el fondo de la piscina.

Pero no puedo hacerlo. Cuando eres Ben Carver, ¿cómo le dices a alguien que por un instante pensaste que amabas a un chico? ¿O cómo le dices a alguien que pensaste que quizás estaría bien no seguir viviendo? Eso son movidas tremendas. Son bombas atómicas. Y yo no suelto bombas atómicas a la gente. Rafe sí que lo hace. Yo no.